



DANIEL MEUROIS

# EL NO DESEADO

CONVERSACIONES SANADORAS  
CON EL NIÑO QUE NO PUDO NACER

Isthar  Luna-Sol

DANIEL MEUROIS

# EL NO DESEADO

CONVERSACIONES SANADORAS  
CON EL NIÑO QUE NO PUDO NACER

EDICIONES

Isthar



Luna-Sol

«Libros, cursos y eventos con Estrella»

**Ediciones Isthara Luna-Sol**

www.istharlunasol.com

info@istharlunasol.com

**Título original:** Le Non désiré

© **Autor:** Daniel Meurois

© **Traducción:** Sara Rincón Fernández

**Corrección:** Sara Rincón Fernández

**Diseño cubierta:** Vidhara

**Imagen cubierta:** Comprada AdobeStock

**Maquetación:** Antonio García Tomé

**Primera edición:** marzo 2021

© **Ediciones Le Passe-Monde**

© **Ediciones Isthara Luna-Sol**

Calle Arganda, 29

28005 - Madrid (España)

**ISBN:** 978-84-122920-0-8

**Depósito legal:** M-2835-2021

**Impreso en Cofas (España)**

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, íntegra o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A todos los que no pudieron  
o no supieron y aún conservan  
una herida en el corazón por ello.*

# Nota editorial

Más allá de la moral o costumbres de una época, en lo más íntimo de la conciencia del ser humano, existe el auténtico conocimiento de lo importante y valioso que es la creación de una nueva vida en el planeta.

Y es ahí, en lo más íntimo, donde los progenitores y el ser que viene establecen un vínculo secreto lleno de anhelos y deseos. Cuando ese vínculo se rompe bruscamente... el dolor, la culpa y un sinfín de emociones pueden aparecer, dejando una huella indeleble, una herida emocional.

Fue un hito importante cuando Daniel Meurois publicó este libro en 2003, pero lo es aún más en este nuevo tiempo, inmersos en las turbulencias de una época donde el valor y sacralidad de la vida parecen cuestionarse.

Este libro es un bálsamo de comprensión y de amor para las personas que han tenido la experiencia de un aborto y en cuya intimidad quedaron marcados por la pérdida, anhelando recuperar el equilibrio y la calma interiores.

# Índice

Preparar el corazón .....	11
Una mañana como otra cualquiera.....	15
Capítulo 1. Entre dos mundos.....	23
Capítulo 2. Lo que dura un sueño .....	47
Capítulo 3. Junto a un alma raíz .....	63
Capítulo 4. Heridas y confesiones .....	89
Capítulo 5. Las catacumbas del alma .....	113
Capítulo 6. Razones para no nacer.....	137
Capítulo 7. El Don de la Paz .....	163
Preguntas y respuestas .....	185
Un método sencillo para las citas del alma .....	205

# Preparar el corazón

**P**reparar el corazón, sí... Estas han sido las primeras palabras que salieron espontáneamente de mi pluma cuando inicié el preámbulo de esta obra. ¿Cómo se puede abordar de otro modo un testimonio como el que aquí se presenta?

Dar cuenta de las vivencias íntimas de los seres que sufren lo denominado púdicamente «interrupción voluntaria del embarazo», así como hablar de los interrogantes que suscitan los abortos y las malformaciones congénitas, es sin duda transitar un camino difícil.

De hecho, durante todo el tiempo que ha durado la redacción de las doscientas doce páginas de *El no deseado* he tenido la sensación de estar haciendo equilibrios en la cuerda floja sobre el vacío o, dicho de otro modo, y sin que parezca un juego de palabras de mal gusto, de avanzar con pies de plomo. Es posible que los temas tratados en este libro, de carácter íntimo, abran heridas muy profundas en algunos lectores y les causen un dolor desgarrador.

Si a pesar de todo me he animado a hacerlo es porque para mí es evidente que las heridas o las penas no se curan simplemente apartando la mirada. Solo se cicatriza, se cura y se supera algo cuando uno se atreve a afrontarlo, cuando no lo niega, cuando no tiene miedo. El olvido no cura las heridas, desde luego, y los lamentos o la pena que estas puedan suscitar tampoco; al contrario, eso solo se consigue siendo comprensivos y aprendiendo a ser compasivos.

Por supuesto, para que yo pudiera ofrecer este testimonio era indispensable que me tendieran una mano desde lo alto. Necesitaba que uno o más seres estuvieran dispuestos a colaborar conmigo, es decir, que aceptaran mostrarme su fuerza y su debilidad a lo largo de toda su experiencia de rechazo. Lo que necesitaba sobre todo era que un alma madura, mucho más lúcida que la mayoría, estuviera dispuesta a confiarse a mí y me propusiera seguirla ofreciéndose ella misma como hilo conductor.

Esta alma se presentó con el nombre de Florence. Me he encontrado con ella fuera de mi cuerpo, en ese espacio entre los mundos, y he seguido el mismo riguroso método de trabajo que empleé hace unos años con Rebecca, la niña de *Los nueve peldaños* (Ediciones Luciérnaga, 1992).

Nuestro recorrido cómplice, no siempre fácil, ha durado algo menos de seis meses. Ese fue el tiempo que ella necesitó para florecer de nuevo, y también el que yo precisé para encontrar las palabras apropiadas.



Porque, como sin duda observarás, y como hago siempre, me he esmerado en transcribir con la mayor fidelidad posible y con sumo respeto todo lo que he presenciado, lo cual aparece relatado en las páginas que siguen. No pretendo que esta sea una obra literaria; principalmente, lo que he querido ha sido transmitir lo que presencié a través de palabras sencillas y lo más directas posible, tal como iban saliendo del corazón que las pronunciaba.

No obstante, que nadie se llame a engaño, porque debajo de esa aparente sencillez con frecuencia se esconden verdades muy profundas. Verdades cuya comprensión requiere a veces cierta flexibilidad interior y un horizonte sin límites.

Hablar de la cuestión de los abortos provocados, de la sensación de amargura que queda cuando son naturales y de los interrogantes tan dolorosos que surgen en torno a los nacimientos difíciles requiere autenticidad, precisión, concreción y, evidentemente, una gran dosis de amor: estas son las herramientas con las que he trabajado.

Desde mi punto de vista, la precisión y el sentido de lo concreto no son en absoluto incompatibles con las ideas metafísicas. Ideas que, por otra parte, no me parecía razonable evitar, particularmente en su aspecto a veces desestabilizador, si quería ofrecer una visión del asunto que fuera más allá del tradicional contexto médico, social, psicológico, religioso o simplemente moral.

He tratado de captar la vida acercándome lo más posible a su esencia, en esos mundos cuya existencia se niega oficialmente, pero en los que se distribuyen las verdaderas cartas, con su cómo y su porqué.

Por último, debo dar las gracias muy especialmente a Florence por la sencillez, la naturalidad y la valentía con las que me ha confiado sus sentimientos. Si tengo la esperanza de haber creado una obra útil e innovadora con *El no deseado* es sin duda gracias a ella y a su coraje. Sé que ahora su alma se une a la mía con el objetivo de abrir en la vida nuevas ventanas de comprensión, respeto y ternura.

# Una mañana como otra cualquiera

**E**n algún lugar de una ciudad del sur de Francia, el cielo de una mañana de noviembre presenta un azul descolorido y el aire frío parece anestesiar a los pocos transeúntes que caminan con dificultad por las aceras. Hace solo un momento había una niebla fina y apenas se veía el otro extremo de la zona de aparcamiento del hospital.

Yo estoy esperando. Bueno, para ser sincero, en realidad no estoy... Me refiero a que no espero en mi cuerpo de carne. Quien se ha situado aquí es la parte que se corresponde con mi consciencia, con mi alma, si prefieres llamarlo así, y está en una esquina de la calle cerca de un letrero luminoso blanco y rojo donde pone «Urgencias».

Sin embargo, no hay ninguna urgencia ni ningún herido que yo conozca y que me haya atraído hasta aquí. No hay nadie herido, no... Al menos eso parece.

Solo sé que dentro de un momento un hombre y una mujer empujarán la gran puerta de cristal del hospital,

bajarán unos pocos escalones de cemento y se dirigirán hacia un coche cívicamente alineado junto a los demás. Es una pareja joven, de poco más de veinte años.

En realidad, lo ignoro casi todo sobre ellos. Lo único que sé es que los dos son estudiantes, él de una carrera científica, ella de Psicología. Hace poco menos de un año que se conocen. También sé que se vieron por primera vez en una fiesta en casa de una amiga común. Era el día de Reyes; él sacó la sorpresa del roscón, le pusieron en la cabeza la corona de cartón dorado y tuvo que elegir una reina.

Eso fue lo que pasó. Comenzó así, de una manera sencilla y hermosa a la vez, como tantos miles de historias de amor en todo el mundo. Se enamoraron de inmediato: una sonrisa, una mirada... y su vida partió a doscientos por hora en una misma dirección.

¿Que qué más sé? Pues... ¡poca cosa! Sencillamente, que les pasó lo que a muchos, que tuvieron miedo de lo que se les venía encima y que, de forma tácita, prefirieron no comprometerse demasiado y continuar viviendo cada uno por su lado: él en su habitación del campus universitario, y ella en el pequeño apartamento que sus padres le habían alquilado para todo el año.

¿Que por qué entonces estoy todavía aquí esperándolos? Porque su pasión pudo más que la prudencia de enamorados «sensatos». Émilie —así se llama ella— se quedó embarazada hace dos meses. No era su primera relación, sabía lo que hacía, pero...

La noticia primero le generó sorpresa y una cierta incredulidad, pero después el pánico se apoderó de ella. ¿Aquello era verdad? ¿Y qué había que hacer?

Después de una larga espera para que la viera un médico, después de recibir el diagnóstico y después de dos semanas más llenas de dudas, Émilie tomó la decisión. Pierre, su «amigo», estaba totalmente de acuerdo. No *lo* tendrían.

Esta es la razón por la que yo estoy aquí, hoy por la mañana, esperándolos a la salida del hospital. Y no para husmear en los secretos de su intimidad, desde luego, sino para levantar con pudor y respeto una esquinita del gran velo de la vida, de esa vida mayúscula y misteriosa que nos desborda en muchos aspectos.

Mientras espero, pienso en la delicada tarea que me ha sido confiada, en esa mirada tan poco habitual que voy a intentar posar sobre el otro lado del gran escenario de nuestra existencia, el lugar donde realmente se distribuyen los papeles.

Ahí están. Acaban de empujar la gran puerta de cristal en la que se refleja un tímido rayo de sol. Primero aparece Émilie, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta azul marino; Pierre surge de la sombra detrás de ella, parece un poco ausente.

—Deja que me apoye en ti.

—¿Te encuentras mal?

—No, pero deja que me apoye.

Sus voces me llegan desde dentro. Tratan de ser firmes y fuertes. Voy a dejar mis reflexiones para otro momento a fin de grabarlo todo mejor en mi memoria.

Émilie trata de apoyarse en el hombro de su compañero, pero este se comporta con torpeza. Se le cae el libro que lleva en la mano y acaba yendo detrás de ella, que aprieta el paso hacia el coche.

—Conduce tú.

Pierre no sabe qué hacer. Farfulla vagamente unas palabras que no consigo captar. A decir verdad, parece mucho más frágil que ella, con sus vaqueros demasiado anchos y esas grandes zapatillas de deporte. Ella ya está en el coche; él recoge el libro que se le ha caído de las manos por segunda vez. Por fin se pone al volante.

—¿De verdad que estás bien?

—Estoy bien, llévame a mi casa. Tampoco es para tanto, a Isabelle también se lo hicieron el año pasado. Y a su prima, y ella no tenía a nadie. Venga, date prisa, que vas a llegar tarde a clase.

Se produce un instante de silencio en el pequeño habitáculo y Pierre y Émilie se besan rozándose los labios. A continuación, Pierre gira la llave de contacto, el motor se pone en marcha y, tras un chirrido de

neumáticos, se alejan para continuar cada uno con su vida. Ahora ya solo son dos, eso está claro.

Yo, por mi parte, sigo inmóvil y expectante cerca del letrero de urgencias. ¿Qué debo hacer ahora? No he proyectado mi consciencia hasta aquí para presenciar una escena que, aunque tal vez resulte conmovedora, a fin de cuentas es trivial. No, mi objetivo es reunirme con esa *presencia* que acaba de ser expulsada, aspirada fuera del vientre de Émilie.

¿Quién es y qué está viviendo esa *presencia*? No me puedo creer que no sea importante o que dé lo mismo, que haya surgido de la nada y que después haya regresado a esa misma nada. Ojalá pueda contármelo, hablarme de su camino, explicarme ese itinerario desconocido que recorren los que, por mil razones distintas, un día vieron cerrarse bruscamente ante sí las puertas de nuestro mundo.

Mi método será sencillo: consistirá en dilatar mi corazón y vivir plenamente al nivel del alma sin perder la lucidez. Así es como me propongo grabar, con mi cuerpo de luz, la película del testimonio que se me va a ofrecer y que aquí te presento.

No existe tensión alguna en mi ser, ni el menor afán de dirigir nada de lo que deseo ver. Me dejo absorber poco a poco por el ambiente del hospital, por todo lo que se mueve y respira íntimamente, pero no dentro de

sus paredes de cemento, sino más allá de ellas, detrás de la luz de los quirófanos, los pasillos y las habitaciones donde la gente se hace preguntas.

Tengo la sensación de que me elevo en el aire. El enorme aparcamiento del hospital, con sus coches dormidos, se difumina suavemente, y al cabo de un momento me encuentro en el seno de una luz blanca. Parece material, casi me entran ganas de decir que es... como una matriz. Me rozan unas formas tímidas que no percibo con claridad; oigo como unos cuchicheos más sutiles, un murmullo, caricias de pensamientos apenas formulados, interrogantes e inquietos.

Estoy en la frontera entre dos mundos: el que llaman de los vivos, el nuestro, y el otro, el que está al otro lado del espejo y donde uno también se siente vivo.

Ahora solo tengo que esperar. Para establecer el contacto, dispongo de una posible clave de acceso: representarme interiormente los rostros de Pierre y de Émilie. Si mi procedimiento es el correcto, su imagen será el hilo de Ariadna que me guiará hacia la *presencia*, o la conducirá a ella hacia mí.

—¿Es usted?

—¿Me estabas esperando?

—Me habían dicho que usted existía, que tal vez me podría ayudar y que...

En ese momento, la voz se detuvo, insegura, parecía que ella misma se censuraba. Yo empecé entonces



a buscar en la luz y a sumergirme aún más en lo que denominaría los intersticios de su sustancia lechosa. Supe que había penetrado en el espacio mental del ser que estaba buscando y que tenía que tratarlo con ternura.

—Entonces, ¿me estabas esperando? —repetí sin poderlo evitar.

Tras un largo rato, el océano de luz que me rodea se va haciendo algo más ligero, menos compacto. Entonces algo emerge poco a poco de él y comienza a ocupar todo mi campo de visión. ¡Una mirada! Es una hermosa mirada azul, casi podría decirse que no es humana. Me resulta familiar y extraña al mismo tiempo. La observo. Intenta sonreír, pero hay en ella cierta crispación y no lo consigue.

—Sí, si pudiera ayudarme... —continúa la voz, que ahora brota con claridad—. Necesito ayuda. También me han dicho que tendría que contarle..., pero no sé si podré. Necesito dormir... Dormir... Ni siquiera sé dónde estoy.

—Volveré. Ahora que ya nos conocemos un poco no será difícil. Pero todavía me falta algo para poder encontrarte más fácilmente: ¿cuál es tu nombre?

—¿Mi nombre? Pues... Florence. Así es como siempre he querido llamarme.

Ya está. Lo dejamos ahí por hoy. No insisto. Además, la mirada de Florence se va apagando poco

a poco; se repliega sobre sí misma como un abanico en medio del resplandor doliente que nos ha reunido durante unos momentos.

Florence... Entonces es a ti a quien la vida le ha encomendado la difícil misión de guiarnos por el camino de aquellos a quienes yo he llamado «los no deseados».



## Entre dos mundos

**H**e dejado pasar dos días. Una especie de intuición me dice que he de tener paciencia. Sé que no debo precipitarme, pues no se puede entrar de golpe y de cualquier modo en lo más íntimo del corazón de un ser, ni siquiera con el pretexto de que se hace por una buena causa, como podría yo decir egoístamente.

Sin embargo, ahora noto que ha llegado el momento. Relajación profunda, respiración intensa... y heme aquí, sobre un hilo de luz, en camino al encuentro con Florence. Es como un hilo tendido entre nuestras consciencias, una especie de esclusa en la que de pronto

me sumerjo para salvar de forma instantánea esa sensación de distancia que nos separa.

—¿Florence?

Me dirijo a un océano de claridad, a un espacio luminoso que me rodea por todas partes. Mientras la llamo, me doy cuenta de que no hacía falta hacerlo, era algo inútil: la mirada azul del ser que busco ha ocupado inmediatamente todo mi campo de visión.

Desearía alejarme un poco, verla a cierta distancia para captar todo su rostro, incluso su silueta. Imposible: la mirada de Florence está clavada en la mía, casi está dentro de ella, y la percibo como tras una lupa.

—Estoy tan... dispersa —murmura la voz que brota de esa mirada—, tan... dolorida. No sé cómo explicarlo. Ni siquiera sé si tengo cuerpo.

—En cualquier caso, tienes ojos, ¡te lo aseguro!

La idea me ha venido de pronto. He forzado adrede un tono más alegre para alejar los nubarrones.

—¿Has estado durmiendo durante todo este tiempo? Han pasado dos días enteros, ¿sabes?

—¿Dos días? Yo hubiera dicho... tres o cuatro horas. Parece como si esa primera percepción que tuve de su presencia se hubiera apagado hace un momento y ahora alguien acabara de encender otra vez la luz. No, ¡no se vaya! ¡Es tan duro estar sola! Espere al menos a que vuelva a estar entera. Tengo la sensación de que se me

han disuelto por completo las piernas y los brazos. ¡Es tan doloroso!

—¿Te duele algo?

—No sé si puedo hablar de dolor. Es... como una prisión. Me siento como si estuviera encerrada en mi cabeza, como si el resto de mi cuerpo no existiera o estuviera anestesiado.

—¿Quieres hablarme de ello? Creo que, si me permitieras conocer tu historia, poco a poco los barrotes de tu prisión se irían abriendo.

—Sí, hablar... Eso es lo que me han dicho que haga. Tengo que intentarlo.

—¿Lo que te «han dicho» que hagas? ¿A quién te refieres, Florence?

—A mi familia y a mis amigos, a los seres que viven en el lugar de donde vengo. Ese lugar es como el reverso de la tierra, ¿sabe?, como el negativo de una fotografía. Aunque más bien habría que decir lo contrario, porque no tiene nada de negativo. ¡Es mucho más luminoso, más auténtico! Por eso, cuando comencé a salir de él para descender, tuve la sensación de estar muriéndome.

De repente, Florence se queda callada. Me doy cuenta de que la he animado a reabrir viejas heridas y quizás la estoy acuciando demasiado para que hable. ¿Habría captado mis pensamientos? Es posible, porque vuelve a retomar la palabra.

—No, está bien que hable de ello tal como lo estoy haciendo y ahora. Tiene razón, tengo que salir de mi prisión.

—Entonces, ¿puedes contarme algo más sobre ese lugar, tu familia y las circunstancias que te hicieron aproximarte a la tierra? Háblame de tus recuerdos.

—¡No son recuerdos! Todo sigue existiendo y está vivo dentro mí. En realidad, a ellos no los he abandonado, están ahí, a dos pasos, ¡puedo percibirlos! Soy yo la que se ha encerrado en otra realidad. Empecé a descender por una escalera para entrar en el mundo terrestre y ahora me siento bloqueada, en un peldaño cualquiera, entre dos universos. Sobre todo, tengo la impresión de que, después de sentir mucha dulzura, he sido traicionada. Eso es lo que me duele tanto y hace que sienta que estoy hecha pedazos. Estoy disociada, ¿sabe? Sí, sin duda esa es la palabra que mejor expresa lo que estoy viviendo. Además...

—¿Sí?

—Además, desde que he empezado a esforzarme en hablar con usted, siento como si me embargara una tremenda ira. ¡Hacía tanto tiempo que no sentía eso! Me da hasta vergüenza, pero no puedo evitarlo y eso me hace sentir ganas de llorar. *¿Por qué* lo han hecho?

Florence casi ha gritado al pronunciar estas palabras. Al menos yo las percibo dentro de mí como un auténtico puñetazo. Su impacto ha creado un momento

de silencio y su onda de choque ha repercutido inmediatamente en el espacio de luz que nos envuelve, apagándolo un poco. Al mismo tiempo, la mirada de Florence se ha velado; temo que la joven me deje y se encierre en una prisión interior más densa aún que la actual.

—¿Florence?

Se sobresalta. Sus pupilas se dilatan un poco y aparece en ellas un ligero centelleo.

—¡Sí, siento verdadera ira! —continúa la voz dentro de mi cerebro—. Tengo la impresión de que me inunda como por oleadas. No sé si eso es lo que me duele, o si es tener que renunciar a todo el bonito teatro que me había montado. ¡No hago más que dar vueltas sobre lo mismo! Es algo casi... físico, ¿sabe?

Me gustaría poder abrazar a Florence, aunque solo fuera un segundo, para consolarla y hacer que su presencia, que sigue siendo muy tenue, tuviera más vida. ¡Una mirada es todo y nada al mismo tiempo! En el espacio donde estamos conociéndonos ni siquiera hay una mano que yo pueda tomar para ofrecerle un poco de fuerza y expresar lo que las palabras no pueden transmitir.

De lo único de lo que estoy seguro es de que me corresponde a mí hacer avanzar la situación; de lo contrario, el alma de Florence podría hundirse en una rebelión que posiblemente la atraparía. En primer lugar,

debo atreverme a hacerle una pregunta, aunque sepa que puede dolerle:

—¿A quién te referías cuando me has dicho «¿Por qué lo han hecho?»? ¿A Émilie y a Pierre? ¿O era a los que te *sugirieron* que tomaras de nuevo un cuerpo?

Silencio otra vez. Al hacerle esta pregunta me estaba arriesgando a herirla, y, en efecto, temo haberme precipitado y que le haya resultado impertinente. Además, ahora ni siquiera capto su mirada, se ha borrado, o quizás debería decir que se ha diluido en el espacio lechoso donde me encuentro. No obstante, *algo* me permite adivinar que mi interlocutora sigue ahí y que solo se ha encerrado en sus pensamientos, pero esta vez no la llamaré para atraerla hacia mí. Si se repliega en su jardín interior, será porque todavía es demasiado pronto.

—Sí, tiene razón. Será mejor que se lo cuente ya...

La voz de Florence prorrumpe de pronto en el interior de mi cerebro cuando ya me disponía a retirarme.

—Puedo volver mañana si lo prefieres.

—¿Mañana? Eso para mí no significa nada. Como ya sabe, aquí no hay días ni noches, no pasa el tiempo. Le he dejado penetrar en el espacio de mi consciencia, donde yo misma estoy, y, si aquí no se mueve nada, quiere decir que algo en mí se está petrificando, y entonces tendría la sensación de morir de verdad.



—¿Como una gota de agua que poco a poco se transforma en hielo?

—Exactamente. Si mi pensamiento no hace más que dar vueltas sobre sí mismo y se cristaliza en torno a lo que acabo de vivir, me sumergiré en una prisión de ira y soledad. Necesito que alguien me hable, ¡y también hablar yo! Eso es lo que, en la Tierra no entienden cuando no aceptan a alguien... Lo envían de nuevo al lugar de donde había venido sin decirle nada ni haberle dado la menor oportunidad de que transmita algo: una sensación, una palabra, un nombre, una imagen. Lo despachan con un simple: «No te queremos», procurando no relacionar ese «te» con alguien que pudiera oírlo. De hecho, todos tratan de creer que ese «te» no es nadie, tan solo una larva, algo tan pequeño como una pepita de uva o un hueso de aceituna. ¡Si al menos nos hablaran! ¡Si al menos no fingieran creer que no hay nada...!

Mientras expresaba su indignación, la mirada de Florence ha ido haciéndose cada vez más visible. Parece como si la ira hubiera hecho nacer en ella una especie de vida de la que antes carecía, y me atrevo a decir que es como si ello la hubiera hecho encarnarse más.

—Sí, voy explicarle por qué estoy en esta situación y por qué me encuentro en esta especie de callejón sin salida, donde realmente no sé bien quién soy y oscilo entre la indignación y la mendicidad. Ya ve, me siento como una mendiga de amor. Sin embargo, hace tres o cuatro meses de su tiempo estaba llena de esperanza.

—¿No esperabas que pasara esto?

—Lo que esperaba era... Era no verme en una situación como esta.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Mire, lo mejor es que empiece por el principio. Seguramente eso me ayude a despertarme de este horrible sueño, y usted lo entenderá todo mejor. A decir verdad, es una historia que no tiene comienzo, porque el principio del camino de un alma se pierde en la noche de los tiempos. Pero le contaré lo que todavía me resulta cercano y puede resultar útil.

»Al igual que todo el mundo, yo he vivido innumerables veces en la tierra, y entre una vida y otra he vuelto a ese mundo de reposo y luz suave que algunos llaman Devachán o Purgatorio<sup>1</sup>.

»Como sabe, allí es donde recuperamos fuerzas y tratamos de curar las heridas del alma, donde hacemos balance sobre nosotros mismos, así como sobre lo que no hemos comprendido y lo que nos queda por aprender. También es donde reunimos todo lo que necesitamos para preparar la siguiente vida, que, tarde o temprano, se abrirá ante nosotros. He dicho la siguiente vida, pero, sinceramente, más bien nos parece la siguiente muerte.

---

1 También llamado universo astral.

»Siempre se pone en marcha el mismo proceso: en el momento en que no queda más remedio que comenzar la metamorfosis, se apodera de nosotros la sensación de estar muriéndonos; es como un reflejo de protección. El miedo a perder...

»Mi alma es femenina, ¿sabe? La polaridad de mi alma está inscrita en lo que yo llamo... mi biología sutil, aunque por razones de aprendizaje, y por lo tanto de evolución, he aceptado tomar cuerpos masculinos de vez en cuando. Si le hago esta precisión es porque en mi historia es algo importante. Es más, lo que estoy viviendo ahora está directamente relacionado con la última existencia que tuve como hombre.

—¿Quieres decir que eres consciente de que en aquella vida sembraste «algo»?

—Hagamos lo que hagamos, siempre sembramos algo. Pero, un momento, porque no es tan sencillo. No vaya usted a creer que si ahora sufro es porque antes hice sufrir. ¿No le parece que entender el karma de esa manera es demasiado simple e ingenuo?

Al oír a Florence hablarme así me dan ganas de sonreír. Se va animando, la siento más viva, casi dispuesta a derribar un muro, esa pared opaca formada por las resistencias de su ser herido.

Por otra parte, se diría que su mirada, dilatada y como desesperada, se ha alejado un poco de la mía. Si sigue así podré adivinar los pómulos, las sienes o tal vez

la frente, y eso será señal de que Florence ha comenzado a percibirse a sí misma tras reunir sus elementos dispersos; en otras palabras, que va a poder definirse otra vez centrándose de nuevo en sus recuerdos.

—Sí, ya veo lo que quieres decir con lo del karma. Piensas en un escenario pueril, del estilo de «Fue un asesino, de modo que si le niegan la vida es porque ha de pagar por lo que hizo».

—Eso es. Hay que acabar con ese tipo de... reflexiones, de reflejos más bien, demasiado fáciles. Resultan caricaturescas y cierran cualquier puerta abierta al menor sople de amor.

—¿Te refieres a la compasión?

—Sí, esa es la palabra que no me atrevía a pronunciar. Escuche, le estaba diciendo que en mi última existencia en la Tierra fui un hombre. Tenía que aprender a afirmar determinados aspectos de mi personalidad, entre ellos mi capacidad de decisión. Y, en el contexto que pude encontrar en aquella época, un cuerpo masculino me brindaba más oportunidades.

»Así pues, nací hombre, o más bien niño, y crecí en una familia relativamente acomodada. Mi padre dirigía una finca de labranza y a su lado aprendí el oficio; me enseñó a asumir responsabilidades y a dirigir a los trabajadores en medio de la constante y acuciante necesidad de tener que ocupar mi lugar en un contexto difícil: el de los años que precedieron a la última guerra mundial.

»Fue entonces cuando me enamoré de una chica del pueblo vecino. Nos enamoramos de verdad, y aquella pasión mutua hizo que rebasásemos los límites admitidos en aquella época. Apenas sabíamos nada, así que, como se puede imaginar, mi amada enseguida se quedó embarazada. Fue todo un drama: la guerra estaba a punto de estallar, yo iba a ser llamado a filas, el niño no tendría padre y los principios de nuestras familias se verían ultrajados. De hecho, entré en pánico y me enfadé con ella. Incluso la acusé a ella, a quien tanto amaba, de no saber “cómo funcionaba eso”, de que no conociera su cuerpo. Me pasé varios días temblando, aún lo recuerdo, casi no nos hablábamos.

»Yo no veía otra solución que la de deshacernos del niño. Recuerdo que dije: “Después de todo, ni siquiera todavía es un niño. Además, ¡nadie lo sabrá!”. Suzanne al principio se resistió. Ella no quería, decía que sabría ocuparse de él, aunque se quedara sola, y que le daba igual lo que dijera la gente. Pero yo no quise escuchar sus argumentos. Se me hacía un nudo en el estómago y tenía miedo. En aquellos momentos desempeñé de verdad mi papel de varón que había venido al mundo con la necesidad de afirmarse. Fui tan testarudo y persuasivo que conseguí llevar a mi novia a casa de una de esas mujeres a las que entonces llamaban “hacedoras de ángeles”, que hizo lo que había que hacer con mucha rapidez y, en efecto, nadie se enteró. Solo la mirada de Suzanne reflejaba la tristeza que sentía y también una culpabilidad inconfesada. Una semana más tarde tuve

que ponerme el uniforme, como me había imaginado. Me uní a no sé qué regimiento y no volví jamás. La guerra me devoró.

»Eso fue lo que pasó. Ahora ya sabe exactamente cuál fue la semilla que sembré. Como ve, no quise matar, yo no era un asesino.

Cuando la confesión de Florence llegaba a su punto álgido, empezó a aparecer su rostro. Ahora está ahí, delante mí, con su óvalo perfecto, dolido y apacible a la vez, como los de algunas pinturas italianas cuya contemplación nos causa tanta turbación.

Florence ha bajado la mirada e intenta sonreír, como si se alegrara de haberse quitado un peso de encima al confiarme su relato. A su alrededor no hay más que luz. Sigo sin ver su cuerpo, porque para ella no existe, no tiene realidad en su pensamiento; la imagen mental que la mantenía cohesionada se disolvió en el momento en que fue expulsada del vientre de Émilie y de su atmósfera vibratoria. La idea que Florence tenía de sí misma en su realidad corporal se había disgregado.

—¿No dice nada? —Mi interlocutora acaba de levantar la mirada. Le brillan los ojos, ya no veo en ellos esa sombra de rabia; parece como si hubiera sido reemplazada por una profunda tristeza—. Ya no soy nadie, ¿comprende? Le dije que me llamaba Florence, pero eso no significa nada. Fui Florence una vez, en una vida; es un nombre que, en cierta forma, resume el color

de mi alma, por eso fue el primero que se me ocurrió cuando me preguntó. Pero en el fondo no sé quién soy, hacia dónde me dirijo ni cómo llegaré hasta allí. He abandonado mi lugar allí «arriba» y «abajo» me han considerado una indeseable. Estoy como atrapada entre dos puertas, ¿comprende? ¿Usted cree que al menos mi clamor servirá de algo?

Respondo a Florence con todo mi ser, pues noto que surge de mí una especie de onda de calor. A menudo, las almas se comunican así cuando están fuera de su soporte de carne; las palabras resultan demasiado pobres, aunque las enlacemos unas a otras siguiendo el hilo de nuestros pensamientos y acabemos, antes o después, atándonos a ellas.

—Escucha, tienes que hablar de todo lo que has vivido, conseguir sacarlo todo, hasta el último detalle. De esta manera, podrás encontrarte a ti misma y renacer; además, solo así podrá ser recibido eso que has denominado «clamor».

Silencio otra vez. A veces percibo de un modo fugaz unas ondas luminosas que se mueven a nuestro alrededor. Me siento claramente en el centro de una burbuja, en una esfera totalmente virtual, generada y modelada por la consciencia de Florence, en un mundo donde hay un movimiento de masas de energía. No son exactamente presencias, más bien parece olas, campos de fuerza que proceden de su actividad mental y de su universo emocional.

—Sí, creo que ahora lo comprendo mejor —susurra al fin el alma de Florence—. ¿También quiere saber cómo experimenté... mi aborto? Acabo de darme cuenta de que ni usted ni yo hasta ahora habíamos pronunciado esa palabra, ¡qué raro! Precisamente ha sido eso lo que ha hecho que nos encontráramos y parece como si le tuviéramos miedo. ¿Miedo de qué, de hacerme sufrir? Yo ya estoy sufriendo, así que no me importa penetrar más a fondo en ese sentimiento; tal vez así consiga quitarle vigor y hacer que sirva para algo.

»Mire, el hecho de tener que abandonar al cabo de poco más de dos meses el embrión que iba a ser mi cuerpo quizás parezca algo anodino; eso fue precisamente lo que yo me dije a mí misma cuando me arriesgué a aceptar como padres a Émilie y a Pierre. Y ellos ni siquiera han debido de plantearse realmente la cuestión. Desde su punto de vista, su amor no había hecho más que «prender la mecha» de una cosita microscópica que ni siquiera era carne todavía. ¿Cómo voy a estar resentida con ellos? A menudo les oí hablar...

—¿Fuiste a visitarlos cuando Émilie se enteró de que estaba embarazada?

—¡Ya lo creo, incluso antes! Desde el momento en que fui concebida, empecé a reunirme con ellos. Al principio solo me deslizaba en su aura común, para acostumbrarme a su olor; sí, porque cada aura tiene un olor y hay que habituarse a él. Todas las almas que van a nacer hacen lo mismo. Es como un mecanismo



establecido por la propia naturaleza, y también un modo de medir nuestras compatibilidades. Es un periodo mucho más importante de lo que se cree.

»¿Sabe? En el mundo del que vengo tengo una amiga que no pudo superar ese obstáculo. Había una especie de... disonancia entre su energía y la de los que iban a ser sus padres, y una semana después de ser concebida dijo que no. Su alma entera se contrajo y se produjo un rechazo espontáneo. ¡La joven que iba a ser su madre ni siquiera llegó a enterarse de que había estado embarazada!

»No hay que responsabilizar a nadie de esas situaciones, porque hay colores y perfumes que no casan. A veces la vida intenta crear puentes entre ellos, de aproximarlos, para darnos la oportunidad de disolver antiguas tensiones, pero muchas de esas tentativas fracasan porque sin duda son prematuras. Detrás de todo eso existe una química sutil y muy inteligente que resulta difícil imaginar cuando uno no está en el contexto.

»Para mí fue muy fácil, porque el aura de la pareja formada por Pierre y Émilie me resultaba agradable y armoniosa. Al penetrar en ella tenía la sensación de deslizarme dentro de una túnica de seda. No podía hacer largas incursiones, desde luego, ¡era todo muy diferente al mundo del que venía y donde todavía estaba una parte importante de mi ser!

»Solo pude penetrar de veras en ella al cabo de tres semanas, cuando el corazón de *mi* embrión comenzó a

latir, aunque también aquellos momentos fueron muy breves. Así que iba y venía, de mi familia de «arriba» a la otra, a la que se suponía iba a ser la nueva. No estaba en absoluto dissociada ni separada de nada y esta es una de las causas de que se sufra cuando se produce un aborto: el alma de pronto se siente tan escindida que no encuentra el hilo conductor para volver al lugar del que procedía, ¿comprende?

—¿Te sentías ya muy unida a tu pequeño feto?

—No estaba muy unida a él afectivamente, pero el vínculo físico sí que era ya muy fuerte.

—¿Aunque solo hubieran transcurrido dos meses?

—Sí... Ya me lo habían advertido. Y ahora lo estoy comprobando.

—Pero ¿por qué has dicho «físico»? Hablas de tu alma como si fuera una realidad material.

—Cuando uno está en su alma, está también en una materia. Es otro concepto de materia, eso es todo. No sé explicarlo de otra manera. Es muchísimo más tenue, más ligera, y no obedece a las mismas leyes que la otra, pero eso no significa que no sea una realidad muy concreta. Además..., también interviene otra cosa.

—¿Te refieres al cuerpo etérico?

—Sí. Hay toda una red energética, un torbellino de fuerzas de la naturaleza que hace que el esquema del futuro cuerpo se teja en torno al embrión, y después al

feto<sup>2</sup>. Usted habla del cuerpo etérico, pero esa palabra es engañosa, porque da la impresión de que da cuenta de algo inconsistente. Sin embargo, el etérico es... algo así como la electricidad.

»Para que se haga una idea de cómo son las fuerzas y los intercambios que se producen entre el cuerpo del alma y lo que ocurre dentro del vientre de una mujer, imagínese un mundo formado por multitud de redes eléctricas extraordinariamente complejas y de intensidades diferentes. Todos los principios del universo se dan cita ahí. Así que, si de repente todo ese entramado se viene abajo, es como si se produjera un enorme cortocircuito. Por eso yo decía que era algo “físico” y que el impacto me había dispersado.

Florence ha ido bajando poco a poco la mirada. Creo que está tratando de disimular las lágrimas. Lo que me llama la atención es su extraordinaria madurez. Me refiero a que tiene la lucidez de un adulto, lo que confirma el hecho de que los seres que se aproximan a la tierra para nacer a través del cuerpo de una mujer no son niños ni vagas presencias incólumes; son seres de pleno derecho, que lo viven todo según la apertura de su consciencia y el bagaje acumulado.

—¿Podemos continuar, Florence? ¿O quieres estar sola?

.....  
2 Para más detalles, véase *Los nueve peldaños*, del mismo autor, Ediciones Luciérnaga.

Mi interlocutora sigue cabizbaja durante unos momentos. Luego alza de nuevo la cabeza.

—No. Estar mentalmente activa me hace bien. Quédese. Creo que hablarles a todos los que son rechazados es de vital importancia. Yo me siento ahora como un tejido al que no le quedara más que la trama vertical. Sí, eso es. Los hilos horizontales, todo lo que hacía que yo tuviera color, forma, identidad..., todo eso se ha deshecho de repente.

»¡Es que el alma está tan unida al cuerpo! Cuando estamos en la tierra, estamos convencidos de que el alma y el cuerpo nada tienen que ver entre sí, creemos que pertenecen a dos mundos completamente distintos, pero es todo lo contrario: apenas están separados por una línea tenue y permeable. Se diría que hay una red de hilos telefónicos tendida entre ambos, y todo lo que atañe a uno afecta al otro.

»Claro que, para poder comprender lo que intento explicarle, hay que estar convencido de que existe el alma. Quien va a ser aspirado fuera del vientre espera al menos un poco de ternura. ¡Solo un poco de ternura! ¿Tan difícil es?

La imagen de Florence empieza a desdibujarse una vez más. No puedo menos que pensar en el caracol que se esconde en su concha justo en el momento en que, por el contrario, tendría que avanzar. Para sacarla de ese espacio de semiconsciencia dolorosa que todavía parece

querer absorberla, le lanzo la primera pregunta que me viene a la mente.

—¿Y qué me dices de Pierre y Émilie? ¿Sabías si creían en algo? ¿La noción de alma significa algo para ellos?

Me responde con una voz muy débil, como si saliera de los labios de alguien que está a punto de entrar en un gran laberinto y teme perderse dentro.

—Para Émilie sí. Bueno, en cierta forma. Cree que existe «algo», pero ese algo es tan vago, tan difuso, que para ella no tiene prácticamente ninguna consistencia. Yo no se lo reprocho, porque he visto que no tenía ninguna referencia que le hiciera reflexionar un poco. En teoría cree en algo —como su madre, digamos—, pero no va más allá de eso.

—¿Y Pierre?

—Él es diferente, lo vi claramente. Dice que no, que el alma no existe, pero no porque esté en contra de su existencia, sino sencillamente porque le da miedo. Si de verdad se diera cuenta de que el alma es una realidad, su mundo interior, solo coherente en apariencia, se trastornaría de tal modo que sería como si estallara una bomba y se sentiría como un niño desamparado. Tampoco se lo reprocho. Después de todo, es la misma situación en la que se encuentran la mayoría de las personas, como ya sabe. ¡No son tan adultos como parecen!

»Para no tener que enfrentarse a sus temores deciden vivir con las persianas cerradas. Su horizonte siempre es el mismo, así es imposible sentir vértigo, y lo principal es que su falta de perspectiva los hace menos responsables. “Como antes de que existiera el cuerpo no había nada, después de él, evidentemente, tampoco lo habrá”; así es mucho más sencillo, ¿no? Y, por tanto, partiendo de esa idea, un aborto no es más que un fallo técnico. Ya ve, ¿eso es lo que he sido! Tomar conciencia de algo duele mucho.

La profunda mirada azul de Florence atraviesa de nuevo la mía, como en los primeros momentos de nuestro encuentro. No sé si hemos avanzado algo en el intento de que supere su sufrimiento. Tengo la sensación de que debo mostrarme más firme. Si al menos pudiera agarrarla por los hombros para asegurarme de que no toma ese camino que adormece y paraliza de las víctimas...

—Florence, aclárame una cosa: me has dicho antes que estabas muy enfadada, pero después me has dicho un par de veces que no estabas resentida con Émilie ni con Pierre.

—Sí... Bueno, no lo sé bien... Quizás sí que estoy un poco resentida con ellos. Creo que lo que no termino de aceptar es el hecho de que no quieran saber; eso es lo que hace la mayoría de la gente: cerrar los ojos cuando les conviene. No querer saber es una forma de no asumir las consecuencias de sus actos. Creo que es esa actitud la que me duele y la que me ha hecho aceptar confesarle

lo que guardo en lo más profundo de mi corazón. Así, al menos, quizás puedo conseguir que algunas personas tomen conciencia de todo esto y reflexionen.

»Creo que la causa de mis arrebatos de furia son la estupidez y la falta de amor. Se pueden aceptar muchas cosas, incluso hacer frente a muchos rechazos, si hay un mínimo de amor detrás de ellos.

—Pero hace un momento me has hablado del riesgo que corrías al aceptar a Pierre y a Émilie como padres, y me has dicho que sabías lo doloroso que te resultaría ser rechazada, incluso dos meses después. Entonces, tú ya sabías lo que te iba a pasar. Y si ya lo sabías, ¿por qué estás tan enfadada? ¿No es una contradicción? No lo acabo de entender.

—Ya lo sé, pero no es tan sencillo. Desde luego que era algo arriesgado, cabía esa posibilidad, porque, sea cual sea la dirección que uno tome, siempre hay un margen de libertad. Y ese espacio de libertad, aunque ahora me cueste reconocerlo, es precisamente el que nos hace crecer.

»De hecho, que mis padres no llegaran a ser tales y el hecho de que me rechazaran no era algo que ya estuviera “escrito”. Una parte de la prueba por la que yo debía pasar también consistía en aceptar la inseguridad de la indecisión. Y estuve de acuerdo. Cuando se ha vivido “arriba” durante cierto tiempo parece todo tan sencillo... Se ven las cosas con ojos puros, se comprende su finalidad y uno se siente fuerte. Y entonces muchos

posibles acontecimientos nos parecen aceptables. Por lo que a mí respecta, debo confesar que podría haber rechazado esa adversidad, o más bien podría haberla aplazado para otra vida.

—O sea, que en cierta forma quisiste quitártela de encima cuanto antes, ¿no?

—No, no. No era eso. Yo creo que más bien fue una cuestión de orgullo o fanfarronería. Quise demostrarle a los amigos que me guiaban que era lo bastante fuerte, así que me dije a mí misma: «Me voy. Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que vuelva al cabo de muy poco tiempo. Si es así, me dolerá, sin duda, pero eso será todo y volveré». Me comporté como una estúpida. O tal vez esto ha ocurrido porque tenía que hablarle a usted de ello, ¿quién sabe? Como ve, tanto a un lado como al otro del espejo seguimos siendo seres humanos, con todas nuestras incoherencias.

—Mientras te estaba escuchando, me ha venido la idea de que hay una especie de fuerte complicidad, a menudo inconsciente, entre las dos caras de la vida, ¿no te parece?

Florence no responde enseguida. De nuevo, todo su rostro vuelve a aparecerme como si cerrásemos el zum y, al mismo tiempo, eso generase una onda luminosa con intensos tonos rosados.

—Sí, es así, aunque a mí todavía me cuesta reconocerlo. Es cierto que a un lado y al otro del velo de



la vida somos nosotros quienes sembramos todo lo que nos ocurre y nos construye. No hay que culpar a nadie.

»Ahora me gustaría poder quedarme a solas y en silencio, necesito encontrarme a mí misma... e inventar de nuevo una columna vertebral para mi alma. ¿No le importa?



Con palabras sencillas, precisas y amorosas, Daniel Meurois nos acerca a un tema siempre de candente actualidad: **el aborto**, sea provocado o espontáneo.

**¿Cómo viven y entienden esas almas no deseadas el rechazo que han sufrido?**

**¿Cómo una mujer o una pareja puede reconstruirse o reconciliarse consigo misma después de un aborto?**

**El no deseado** es un conjunto de **conversaciones sanadoras con el niño que no pudo nacer** con el objetivo de **curar unas heridas** que, muy a menudo, son **negadas o escondidas**, pero duelen.

Este libro tiene el mérito de hablar del aborto, una de las vivencias más íntimas y arrebataadoras que puede vivir una mujer de una forma comprensiva y dulce. Sin caer nunca en la irresponsabilidad, es un texto que explica y disculpa, a la vez que consigue serenar y apaciguar a todos los implicados: el alma rechazada y sus padres.

**El no deseado** es un **homenaje al nacimiento como pacto entre almas**. No cumplir con este pacto por una razón u otra, causa dolor y sufrimiento. Sentimientos que pueden ser sanados. Este libro es una valiosísima herramienta para este proceso de sanación.

